

Tamponcín, así lo llamaba su madre. Sus primeros años fueron de lo más felices. La familia no paraba de crecer. Los Naranjito, sus primos lejanos, venían a verlos en fechas señaladas. Mantenían una buenísima relación con Los Green, sus vecinos. Y sentía auténtica adoración por su abuela: La yaya Amarela. Su clan, su familia directa, eran conocidos como “Los Malva”.

Ya le habían avisado, su vida sería corta. Entre unas cuatro y ocho horas aproximadamente. Una vez retirado el envoltorio, la suerte estaba echada. En el mejor de los casos llegaría al mar y flotaría durante siglos en ese limbo. Otra posibilidad era ser enterrado entre bastoncillos de cera para las orejas, compresas y otros utensilios de origen desconocido. Pero clarísimamente el peor de los casos sería quedar atascado en una tubería obstruida por millones de pelos.

Pero todos aseguraban que el viaje valía la pena, sobretodo el despegue. Cuanto más flujo hubiera, mejor. Así se deslizaría a más velocidad y podría llegar más lejos. Rezaba porque no le pasara como a la benjamina de los Green. Aquello estaba árido y se quedó encajada en el aplicador.

Pero de repente, todo empezó a ir mal. Ya no les visitaban nuevos primos, ni llegaban otros vecinos al barrio. Y su familia se fue haciendo más y más pequeña. Los Malva se preguntaban qué estaba ocurriendo. Hasta que un día oyeron a Rut hablando con Marta. “Tía, estoy harta. Son carísimos y lo peor para el planeta. Me paso a la copa. Mi hermana la usa y está encantada. ¡Marga y Paula, también!”. “Uf, ¡qué dices!? ¡Estás loca! Y cómo lo harás para cambiarte en el curro?” “Ya me acostumbraré. Seguro que tú también te acabarás pasando. ¡Todas dicen que es milagrosa!”.

Los Malva, preocupados, pero ante todo hospitalarios, prepararon una fiesta de bienvenida. “Welcome Milagrosa!”. Llegó en una caja de cartón rosa. “No era para tanto”, pensaron. “Su casa es como la nuestra”. Pero cuando Rut la abrió, se dieron cuenta que sus días estaban contados. La Milagrosa era voluptuosa, suave y súper flexible. No hubo llantos ni gritos como los que recordaban los Malva de la primera vez. Fue rápido e instantáneo.

Al principio, fue combinando. Tamponcín se pudo ir despidiendo de sus hermanas hasta que se quedó solo. Era el último de la caja de cartón. Olvidado ahí desde hacía más de cinco años.

Tamponcín se había convertido claramente en una especie en extinción. Intentaba comunicarse con La Milagrosa, pero no le hacía caso. Parecía que hablaba en otro idioma.

Pero por fin llegó el día. Marta estaba de visita en casa de Rut. Fue al baño y ¡sorpresa! Una mancha roja destacaba en sus bragas de algodón.

“¡Mierda! ¡Se me ha adelantado!” “Rut, ¿tienes un tampax?” “Mmm... mira en el estante del baño. Quizá hay alguno, pero no estoy segura”.

“¿No estoy segura?” pensó Tamponcín. “¿Así se lo agradecía? Con total indiferencia...”

Y por fin, Marta revolvió entre las cremas y los jabones de Rut. Y allí estaba él. Dando palmas de emoción. Marta cogió la caja, polvorienta. La abrió. “Sí, sí. Marta, soy tu salvación!” dijo él.

Lo miró y lo remiró. Le dio la vuelta y lo sopló.

“Tía, ¡esto está caducadísimo! Te pillo un salvaslip!”

“¡Nooooo!” Y mientras Tamponcín gritaba quedándose sin voz, ésta lo lanzaba directamente al cubo de la basura.

Respuesta de Ramon Pardina:

Hola Alicia, me ha gustado mucho el cuento. Me parece un enfoque muy original. Es la prueba de que encontrar un buen personaje nos asegura una historia divertida. ¡Es el Toy Story de los productos de la regla! ¡Enhorabuena!